

Caza mayor

Crónica de un rececho de macho montés en la Sierra de Ronda

“Vértigo” en El Juanar



PUEDE PENSAR EL COMÚN DE LOS
CAZADORES QUE RECECHAR EN MARBELLA
UNA CABRA MONTÉS ES SIEMPRE COSA
PARECIDA A PASEAR POR PUERTO BANÚS.
NADA MÁS LEJOS DE LA REALIDAD, SOBRE
TODO SI EL TEMPORAL SE AGARRA A LA
SIERRA PORQUE LA "COSA" SE PONE FEA.





El hábitat típico de la cabra montés no es el más recomendable para un cazador con vértigo, salvo que sea muy tozudo y esté acompañado de buenos amigos.

Sabedor mi amigo **Antonio Arenas** de las ganas que tenía de cobrar el “buque insignia” de la caza española, aprovechó que había que quitar los ejemplares sarnosos del Coto Nacional de Caza del Juanar, en Marbella y Ojén, para cederme el ejemplar que le había correspondido cazar a él. Corría el 9 de diciembre de 1995.

Hicimos noche en Fuengirola, donde tenemos casa y mientras cenábamos se desencadenó tal temporal de agua como jamás he visto en otro sitio que no sea en la costa, por lo que nos fuimos a dormir con pocas esperanzas depositadas en el día siguiente.

Tal y como todo vaticinaba, cuando sonó el despertador el redoble de la lluvia en los cristales era tal que ocultaba el fragor del temporal que azotaba la mar.

En opinión de Antonio, en tales circunstancias, el guarda no acudiría a la cita, pero ya que estábamos allí nos plantamos en Ojén, población en la que vivía nuestro práctico.

PERO DIMOS CON ÉL. Llamamos insistentemente a su puerta, mas nadie contestaba y a mí se me venía el alma a los pies por momentos, pero recordó Antonio que tenía el número de teléfono del susodicho, por lo que como última esperanza lo llamé y... ¡Uuuf, respondió a la llamada!

—No nos esperaba con este tiempo de perros, pero aunque de mala gana, viene ahora para acá, me informó Antonio.

Al poco rato se presentó el guarda, que tras los pertinentes saludos y pedir un café y una copa de ponche, nos dijo:

—Estáis locos para venir a cazar así, porque si aquí está cayendo “la del boquerón”, allá arriba puede ser tremendo. Pero ya que estáis dispuestos a mojaros yo no voy a ser menos. Las buscaremos en los bajos o en sitios donde no pegue mucho el aire, porque cabras hay “a jierro”, nos comentó.

CAMINO DE COÍN. En el Land Rover Defender nuevo que usaba, pues la mayoría de los caminos están prohibidos para coches no oficiales, traspusimos el puerto de Ojén camino ya de Coín.

Al poco de pasar el cruce que va al parador, cogimos un carril que lleva a una cantera, y tras abrir una cadena, nos adentramos por otro camino auténticamente de cabras hasta que dijo el celador que con el coche ya no se podía seguir.

Ascendimos un buen rato hasta internarnos en un circo, sin duda vestigio de la última glaciación, donde vimos algunas cabras, pero muy altas.

—Pues no han bajado tanto las sinvergüenzas. Les vamos a entrar por otro lado, a ver si hay alguna enferma en el piarón aquél.





—¿Y tú, Lolo, qué tal tiras?, me preguntó de sopetón.

—Hombre, pues yo..., quise decir.

—Es de lo más seguro, puedes estar tranquilo, me interrumpió Antonio.

—Es que la cosa va a estar complicada con tanta niebla y a lo peor hay que tirar rápido, añadió Paco.

—¡Que te estés tranquilo, hombre!, terminó Antonio.

—Una cosa sí quiero dejar muy clara, dije, y es que tengo mucho vértigo. No es que me asusten las alturas, pero soy incapaz de acercarme a un “volaero”.

—Pues eso es un inconveniente grande, pero procuraré llevaros por sitios poco comprometidos, dijo el guarda.

—Vale. Puedo tirar largo como te ha dicho Antonio, pero si me entra el vértigo me bloqueo.

— ¡Pues quiero que me asegures que a la más mínima me lo vas a decir, que quedarse “enriscado” es cosa mala para ti y para quien te tenga que sacar!

—Delo por hecho, apostillé con rotundidad.

EN EL CAZADERO. Les entramos a las cabras por otro camino que nos llevó allá por los 1.000 metros de altura. Desde donde dejamos el coche no era cuestión de subir o bajar, sino de costearse un poco para poder verlas.

Al poco de coger una veredita la cosa se me empezó a poner fea, pues había un tremendo barranco a la izquierda que me erizó el pelo.

—¡Yo de aquí no paso!, advertí

—Pues dale el rifle a Antonio (llevaba el Máuser 66 del 7 mm Rem. Mag. de mi tío, con su fantástico Zeiss de hasta 9 aumentos), porque si vemos una sarnosa tenemos que matarla y tu perderás el salto, ¿Lo comprendes, no?, me advirtió Paco.

—Por supuesto. Yo me vuelvo al coche y así doy menos visaje.

Meditaba yo mientras los esperaba, que sufría una gran desventaja con mi vértigo y que nunca podría aspirar a ser cazador de alta montaña con lo

que eso suponía para mi pretensión de cobrar, no sólo el montés, sino, por ejemplo, los sarrios.

Me sacaron de mis meditaciones, pues volvieron al poco rato diciéndome que las habían tenido a tiro, pero que no había ninguna enferma en la piara.

—Lolo, hemos visto un macho que ahí estará con la medalla, me dijo Antonio.

—Vámonos de aquí a la zona de reserva, que se nos va la mañana, dijo Paco.

SEGUNDO INTENTO. Dando un rodeo de una media hora, cogimos la carretera del parador, que yo conocía bien y desde la que vimos una gran piara de cochinos, pero de los que tanto abundan en Málaga, cruzados con caseros en su mayoría. ¡Resultaba gracioso ver aquella piara, que de lejos parecían vacas, de tanto lunar como tenían!

Dejamos el coche en el mirador al que todo el que



“Estáis locos para venir a cazar así, porque si aquí está cayendo “la del boquerón”, allá arriba puede ser tremendo. Pero ya que estáis dispuestos a mojaros yo no voy a ser menos”

“¡Madre mía,
qué bicharraco!

Yo no
entiendo de
esto ninguna
barbaridad,
pero para
mí que ese
era grande
de verdad,”
dije todavía
impresionado
con aquella
extraordinaria
“fotografía”

va al Juanar se asoma, pues la vista sobre la costa es sencillamente espectacular, pero aquel día no se veía nada de tanta nube como había.

Retrocediendo un poco tomamos una vereda que tras dura subida nos llevó a una caseta donde tienen instalado un repetidor para las comunicaciones entre guardas, pero nada vimos durante la ascensión.

Ahora, si se quería ver cacería, no había más remedio que coger por un raspil de peñascos, a cual más amenazador, y con unos barrancos impresionantes a ambos lados y por segunda vez renuncié a acompañarlos con todo mi pesar.

Me senté sobre los cimientos hormigonados del casetón y no podía dejar de pensar en mi “tara”.

En éstas estaba cuando regresaron mis dos compañeros, que se sentaron frente a mí en la base de la antena y sacaron sus bocadillos. Según decían habían visto un buen macho, y con sarna, pero sería tan difícil su cobro que desistieron de tirarlo para mi fortuna.

Yo saqué una Coca-Cola del zurrón, y cuando estaba encendiendo un cigarro la más bonita de las esceñas que he visto en mi vida se me apareció en forma de un tremendo macho montés en lo alto de un peñasco, negro al contraluz de la niebla, y mirándonos fijamente como un fantasma a solo unos 40 metros.

—¡Quietos, no os mováis con brusquedad y volveos muy lentamente sin dejar de charlar! Mirad a los riscos de vuestras espaldas!, les dije sin elevar ni bajar mi tono de voz.

—¡Joeer!, dijo Antonio.

—A ver si podéis fotografiarlo, susurró sin poder evitarlo el guarda con la boca abierta de admiración.

En esas estaba, tratando de sacar la cámara del

zurrón, cuando lentamente se tapó detrás de una peña y la niebla.

—¡Madre mía, qué bicharraco!. Yo no entiendo de esto ninguna barbaridad, pero para mí que ese era grande de verdad, dije todavía impresionado con aquella extraordinaria “fotografía”.

—A éste lo tenemos fichado todos los guardas, pero jamás habíamos podido verlo a menos de 300 metros. ¡Nos trae a malparir!, dijo. ¡El mamón nos estaba oyendo charlar y creyéndose amparado por la niebla, se ha asomado! Que sepáis que esto ha sido como un regalo.

A LA TERCERA... Seguimos un buen rato charlando sobre las andanzas del fantasma aquel, hasta que el guarda miró el reloj y dijo:

—¡Arreando, que a la hora que es ya no nos queda más que otra asomada! Vamos a Las Abejuelas, que con la niebla que hay puede que aún veamos alguno, que se encaman más tarde.

Afortunadamente aquéllo estaba al lado y para colmo había dejado de llover, pero la niebla producida por las nubes empujadas por el viento de levante terminaba por volverte medio loco.

El apostadero elegido era una mesa de piedra bastante llana y surcada por grietas. Inmediatamente nos sentamos y a cada rato que la niebla nos dejaba mirar el panderero de enfrente nos dejábamos los ojos con los gemelos.

De pronto dijo Antonio:

—¡Allí, por bajo de nosotros, sobre la mata roja, hay una piara de cabras!

Con el tiempo justo antes de que se volviera

El autor del artículo con su primer macho de cabra montés, protagonista de esta aventura.

Como siempre que se tira con un calibre potente, como el 7 mm R. M., en total relax muscular, el zurriagazo me descuadró por completo. Por puro instinto, pues yo sabía que había tirado bien, pegué el cerrojazo dispuesto a apuntar de nuevo pero las exclamaciones que oía me hicieron relajarme y tiré del cerrojo hacia arriba para total seguridad.



a cerrar la niebla, tanto el guía como yo, pudimos verlas.

—Hay una que tiene sarna, y o mucho me equivoco o es un machete de 5 ó 6 años, de modo que prepárate porque tendrás que aprovechar la oportunidad. Tú sólo espera a que te confirme que está mala, que le verás el manchurrón blanco en el costado, me advirtió.

La espera hasta que apareciera algún claro se hacía eterna, que hasta empezaron a dolerme las partes de mi cuerpo que tocaban con la roca.

—Atento, Lolo, que va a abrir, me dijo Paco.

Y quiso Dios que un ramalazo de claridad apareciera, y a la vez que oía decir a mis compañeros que apenas se habían movido hacia delante en su careo natural, cuando a través ya del visor, di con la piara y casi a la vez con el macho enfermo.

Como estaba a más de 200 metros tiré del gatillo trasero montando el pelo y deslicé el dedo hacia el disparador comenzando a presionar lentamente.

Como siempre que se tira con un calibre potente, como el 7 mm R. M., en total relax muscular, el zurriagazo me descuadró por completo. Por puro instinto, pues yo sabía que había tirado bien, pegué el cerrojazo dispuesto a apuntar de nuevo pero las exclamaciones que oía me hicieron relajarme y tiré del cerrojo hacia arriba para total seguridad.

—¡Muerto!, dijo Antonio a secas, pero se agachó y me dio un par de palmadas en la espalda.

—¡Buen tiro!, exclamó Paco, ¡En "mitá" del codillo le he visto saltar el pelo!

EL ÉXTASIS. Mientras a mí me entraba el habitual "patafoliche" post lance, ellos discutían de algo, pero yo estaba aún distraído y tembloroso.

—¡Eh, oye, despierta! Quédate fijo en el sitio que nosotros vamos a por la res, pero para evitar el barranco daremos un buen rodeo, me dijo Antonio.

—¿Pero qué le pasa?

—No le pasa nada, tú tranquilo, le dijo Antonio al guarda, es que él es así.

—Ah, bueno. Mira, ¿Ves aquel pino gordo con una rama caída?... pues por allí apareceremos de aquí a un cuarto de hora. Ahora relájate y disfruta.

Estaba claro que no me conocía. ¡Disfrutar ya llevaba haciéndolo todo el día! Otra cosa es que me tranquilizara, que aún necesitaría otro par de minutos. Tenía la boca seca como el cartón y poco a poco volvieron los dolores propios

de la postura y el tiempo de inmovilidad, por lo que me senté y saqué la botellita de agua del zurrón aclarándome la boca.

Tranquilo ya, encendí un cigarro, y sabedor de que aún tardarían un buen rato en dar cara, empecé a disfrutar con el paisaje, hasta que ¡Aaaaaaaaaaaaaa!, grité de pánico mientras daba un gran salto hacia adelante.

Cuando en mi vistazo panorámico me volví hacia atrás, estaba en el borde mismo de un abismo que mi vértigo convirtió en un monstruo sin fondo.

Sudaba a raudales y temblaba sin poder evitarlo: ¡Mientras hacía puntería y tiraba, enjotado en el ardor del próximo desenlace, confundidos mis sentidos por la niebla que a todo resta perspectiva, había estado tumbado todo el rato con la mitad de las piernas saliendo del voladizo!

No puedo explicar lo que se siente, pero es algo tremendo e inevitable y me costó Dios y ayuda sobreponerme para guiar a los dos hasta el bicho.

El trofeo en sí no vale gran cosa, pero se ve compensado con los recuerdos de un duro día de monte en un ambiente para mí hostil... y con otro amigo más a mis alforjas. Además está el lance, que puede convertir la más humilde de las ciervas en el más espectacular venado de la sierra, y aquel fue un lance para enmarcar. •

